

En *La menor distancia*, Javier Garcerá (Puerto de Sagunto, 1967) formula una propuesta autópica con el propósito de enfrentarnos a la búsqueda de un estado de la realidad portador de aquellas cualidades inefables, imposibles de aprehender sin el concurso de la intuición. Unas pocas obras de factura minuciosa hasta lo exhaustivo, maridando opuestos no antagónicos, dan cuerpo a una exposición sutil y elegante, con un gran énfasis en la dimensión formal, ya que contiene en sí misma su argumento y estrategia, consistente en sugerir una perspectiva del espacio impreciso, difuso, cambiante y múltiple que dejan entrever las fisuras que se abren en la supuesta evidencia. Su apreciación demanda una postura vigilante y para ello el artista apela a lo sensorial, previo vaciado de todo bagaje preexistente; presentarse como un neófito, desnudo, y experimentar el mutuo trasvase que se produce entre espectador y obra, sin mediatización alguna que pueda amortiguar la capacidad perceptiva pura e íntegra que requiere la captura de lo infinito mutable. En palabras de Garcerá: "...proceso de intensificación de la percepción que se propone como medio para crear un estado de conciencia en el que la realidad se pueda llegar a percibir de forma más intensa, más serena". O, como escribe G. Didi Huberman -*Lo que vemos, lo que nos mira*-: "La simple apertura de la percepción a un espectro de cosa apenas calificado", cita que el artista incorpora al catálogo de la exposición *Take off your shoes*, de título muy significativo.

Es la impermanencia, como característica esencial y genuina de un universo regido por lo relativo, tema capital en esta exposición, que, en última instancia remite al acercamiento a la vida y la persona, previa renuncia a las circunstancias que la rodean y limitan; siendo, sin embargo, esa impermanencia lo único que se mantiene constante en cualquier ciclo vital, desarrollado en un fluir continuo y cambiante, con principio y fin. Entonces ¿Por qué aferrarse a nada? El proceso para alcanzar esta observación directa de las cosas es un camino de liberación de todo aquello que no solo nos somete cada día sino que se interpone entre el estrato de realidad primigenio y el individuo. Cuestión fundamental en el encuentro del sujeto con la vida y consigo mismo; tal lo entendieron las doctrinas de pensamiento occidentales, desde la formulada por Heráclito, que se resume en el famoso "panta rei", imagen del devenir animado por opuestos; fundamento, asimismo, de la milenaria filosofía oriental del Taoísmo -Yin y Yang-, tan decantada hacia la meditación y lo contemplativo. Como Platón, posteriormente, Heráclito no desprecia el uso de los sentidos, considerándolos, por el contrario, indispensables para el conocimiento de la realidad; reivindicando lo subjetivo en cuanto teatro de operaciones de la pugna entre lo real y lo aparente.

El artista apela a lo sensorial, previo vaciado de todo contenido contaminante, siendo éste su planteamiento al abordar la obra. Una vez en unión con la naturaleza inhala su aroma y se deja envolver, invadir y conmover primariamente por su esencia, trasladando esos estímulos a los diferentes soportes por medio de las técnicas más directas y fieles a su plasmación. Por otra parte, con una dinámica de antagónicos no incompatibles como sencillez y complejidad, sobriedad y saturación, fragilidad y rotundidad, micro y macro, profundidad espiritual y sensualidad, suntuosidad y austeridad..., conjuga una serie de elementos entre lo vegetal y lo fósil, lo celular o lo estelar, conformadores de sistemas, siguiendo un patrón no ajeno a lo fractal. Si bien es cierto que entre aquellos más identificables aparecen ejemplares de la flora autóctona local, factura y soportes evocan el lejano oriente en sus lacas y bronce y en el tratamiento del paisaje, que se hace eco de una naturaleza exuberante, bulliendo y dejando sentir su pulso y su ritmo. Para Javier Garcerá: " la materialidad de la obra enfatiza elementos visuales que potencian una cierta inabarcabilidad y la idea de cambio y de movimiento, tanto de la forma como de la luz y el color, en una infinita variedad tonal, que provoca que la estructura formal se desvanezca y vuelva a aparecer constantemente, en función del punto de

vista". Como consecuencia, surge "la imposibilidad de sentirse dueño de la imagen que la obra origina, pasando de ser conscientes de los límites del decir a sujeto a la imposibilidad de ver".

Las nociones de sistema y escala, muy presentes en la muestra, remiten también a la necesidad de establecer un orden de prioridad capaz de primar lo esencial.

Dejémonos llevar por el consejo de María Zambrano -*Algunos lugares de la pintura*-, texto también citado por el artista:

"Solo cabe ahora instalarse en esa entrega y esperar; esperar pacientemente sin expectativas, gastando tiempo, perdiendo tiempo. Porque la obra es una morada temporal que acoge en su seno el misterio, el enigma, el "fantasma" que logra asomarse un instante a la superficie antes de que se lo trague la corriente, sólo un instante, pues no es el propio del fantasma durar."